

AÑO V
Nº108



ZURAMERICA

ediciones & publicaciones

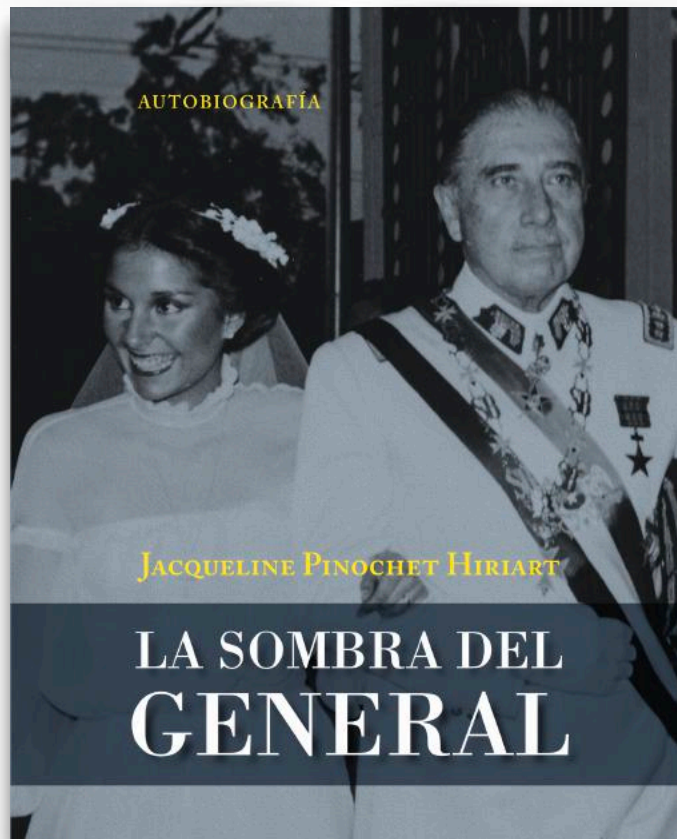
—Voltaire comenzó escribiendo en la Bastilla—

—Lo que se puede aprender leyendo clásicos—

—Norton I, el emperador de Estados Unidos—

LIBROS:

La sombra del general de Jacqueline Pinochet Hiriart



VEINTEMILLONES

PRIMAVERA 2024 - SEGUNDA QUINCENA DE NOVIEMBRE

Editorial

Más allá de las polémicas que de seguro generará nuestra nueva publicación, destacamos el trabajo llevado adelante por el equipo de Zuramérica por más de un año y medio, así como el valor de haber sabido instalarse como una editorial independiente de verdad y poder mantener en nuestro catálogo el más amplio abanico de opiniones y tendencias según un criterio editorial en el que prima nuestro interés no solo literario, también histórico. Basta con reproducir el texto de su contratapa para entenderlo a cabalidad:

Comparable a los testimonios de Carmen Franco, Alina Fernández Revuelta o Svetlana Alilúyeva, también hijas de figuras controversiales de la historia reciente, caracterizadas por la polémica y polarización que generan sus acciones e ideas, este libro autobiográfico es, por sobre todo, valiente, e invita al lector a conocer a través de los ojos de una protagonista única, sus recuerdos y reflexiones con respecto a su infancia, a la relación con su familia y su vida en medio de la disputa y el escrutinio público.

Con una narrativa honesta y sin tapujos, ofrece una mirada particular y reveladora de uno de los periodos más debatidos de la historia de Chile, así como aspectos inéditos de la vida privada de figuras enigmáticas de aquel tiempo. A través de sus palabras se presenta un enfoque introspectivo y sincero sobre la existencia de una mujer que vivió en medio de la turbulencia política y social, y que revela, en primera persona, su punto de vista sobre los

acontecimientos que la definieron, así como sus experiencias personales y las repercusiones que tuvieron en su vida, marcada por el dolor y sufrimiento, pero también por el amor, el sacrificio y la lucha interior.

Un aporte para comprender la historia del Chile reciente y una contribución a la tan añorada reconciliación por su visión reveladoramente humana de sus polémicos actores.

¡Buena lectura!

El editor de Zuramérica





Voltaire comenzó escribiendo en la Bastilla

El 16 de mayo de 1717, Arouet fue arrestado y llevado a la Bastilla. Aunque intentó declararse inocente, alegando que no era él quien había escrito los versos, había admitido que lo había hecho delante de algunos amigos, amigos que resultaron ser espías.

Antes de adoptar el seudónimo de Voltaire, François-Marie d'Arouet, que así se llamaba, era un adolescente precoz que se fue labrando una reputación entre las élites del París del siglo XVIII gracias a su ingenio y a su capacidad para escribir versos pegadizos. Su irreverencia no parecía tener límites, ni siquiera contra aquellos que estaban en el poder, lo que le llevó a tener que exiliarse al campo en mayo de 1716. Más adelante, ese descaro tuvo consecuencias aún más dramáticas, llevándolo a prisión. Y todo propiciado, en parte, por la historia de un incesto.

En 1715, el joven Arouet comenzó un nuevo proyecto: adaptar la historia de Edipo para un público francés contemporáneo. La antigua historia de Sófocles, tal y como está en *Edipo rey*, relataba la caída de Edipo, que cumplió la profecía de decía que mataría a su padre, el rey de Tebas, y se casaría con su madre. En 1659, el célebre dramaturgo francés Pierre Corneille había adaptado la obra, pero Arouet pensó que la historia merecía una actualización, y resultó que era el peor momento para hacerla.

En ese momento Francia estaba gobernada por Luis XIV, más conocido como «Rey Sol», uno de los monarcas más poderosos en la historia del país, recordado por haber expandido las propiedades coloniales pero también por haber llevado a la nación a tres grandes guerras. Además, centralizó el poder y elevó a la iglesia católica, persiguiendo de forma implacable a los protestantes franceses. Pues bien, el 1 de septiembre de 1715 murió sin dejar claro sucesor, por lo que el duque de Orleans asumió la regencia hasta su propia muerte, durante la minoría de edad de Luis XV. Felipe II de Orleans cambió la trayectoria política de Francia, formando alianzas con Austria, los Países Bajos y Gran Bretaña. También modificó el antiguo orden social, se opuso a la censura y permitió que se reimprimieran los libros que alguna vez fueron prohibidos. Este cambio radical en el que se relajaron las restricciones sociales supuso para Arouet el nacimiento de una libertad casi ilimitada, lo que le llevó a aprovechar el teatro como forma de difundir entre el público un mensaje de tolerancia -era consciente de que sus

libros los leía un porcentaje muy reducido de la población y el teatro era la única forma de llegar a una masa mucho mayor-. Así que Arouet se puso a trabajar en su versión de Edipo, destinada a ser representada por la Comédie Française, que era prácticamente el único teatro autorizado y supervisado por el tribunal para la realización de tragedias y dramas serios. En un primer momento la Comédie Française rechazó su obra, pero finalmente fue aceptada, luego de revisarla, el 19 de enero de 1717. Podría haber sido un éxito, pero el descaro de Arouet le llevó a escribir unos versos que se hicieron bastante populares en los que se hacía eco de un rumor, que Felipe II mantenía una relación incestuosa con su hija, y eso fue algo que, incluso para un gobernante tan permisivo, era ir demasiado lejos.

El 16 de mayo de 1717, Arouet fue arrestado y llevado a la Bastilla. Aunque intentó declararse inocente, alegando que no era él quien había escrito los versos, había admitido que lo había hecho delante de algunos amigos, amigos que resultaron ser espías. Su caso nunca pasó por ningún tipo de proceso judicial, así que Arouet no podía saber a ciencia cierta cuánto tiempo pasaría en prisión porque su castigo dependía únicamente del capricho del Regente. Además, por descontado, las condiciones en la Bastilla eran lamentables: estaba confinado en un espacio mínimo, con escasa comida y ninguna luz del sol. Sin embargo, Arouet no dudó en utilizar esa etapa de su vida para dedicarla a la lectura y al estudio de la literatura. Después de 11 meses, Felipe II decidió mostrarse clemente y liberó a

Arouet el Jueves Santo, 14 de abril de 1718. Este se mantuvo en una especie de arresto domiciliario durante varios meses, hasta que la medida se relajó y se le permitió la entrada y salida libre de París.

Así nos plantamos en el 18 de noviembre de 1718, momento en el que el joven Arouet ya se refería a sí mismo como «Voltaire», cuando tuvo el primer gran éxito literario de su vida: la puesta en escena de Edipo en la Comédie Française. La obra fue tan popular que llegó a tener unas 32 representaciones -tal vez parte de esa popularidad se debió a los escándalos por los que había pasado su autor-. Voltaire arremetió contra todo lo que olía a antiguo régimen: no solo atacaba a la monarquía hereditaria sino también al poder corrupto de la Iglesia. En una de las líneas más famosas del dramaturgo, la reina Yocasta dice: «Nuestros sacerdotes no son lo que la gente imagina; su sabiduría se basa únicamente en nuestra credulidad». Teniendo en cuenta lo poderosa que era la Iglesia Católica en aquel momento fue una apuesta arriesgada.

La popularidad de la obra catapultó su fama, pero también le enseñó los peligros que acompañan al exceso de sinceridad. Mientras continuaba su carrera como literato, se enfrentó a un número cada vez mayor de críticos y fanáticos, lo que le llevó a exiliarse de Francia en varias ocasiones a lo largo de su vida -por ejemplo, por ofender a la Iglesia Católica y a la monarquía-. Sin embargo, Voltaire supo aprovechar estas experiencias y sus estancias en el

extranjero, en Inglaterra, en Holanda, en Bélgica o en Prusia, hicieron que entrara en contacto con algunas de las figuras más destacadas de su época. Así, fue el primero en llevar los escritos de Isaac Newton y del filósofo John Locke a Francia.

Con constante crítica hacia la monarquía absoluta, la persecución religiosa, la injusticia, las guerras o la tortura, Voltaire allanó el camino para las ideas que alimentarían la Revolución Francesa en 1789 e inspiró a grandes intelectos estadounidenses como a Benjamin Franklin o Thomas Jefferson, algo que hay que recordar más a menudo, teniendo en cuenta que lo primero en lo que se piensa al hablar de Voltaire es su novela *Cándido*.



Referencias: (1); (2); (3); (4).

Frases

«La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos. Con ella no pueden igualarse los tesoros que encierran la tierra ni el mar encubre».

Miguel de Cervantes
1547 - 1616

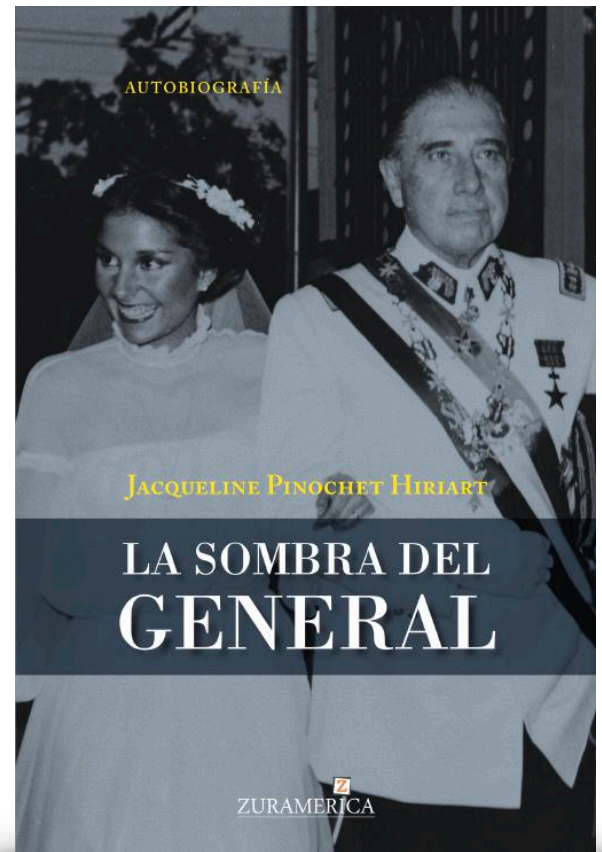


Libros

Comparable a los testimonios de Carmen Franco, Alina Fernández Revuelta o Svetlana Alilúyeva, también hijas de figuras controversiales de la historia reciente, caracterizadas por la polémica y polarización que generan sus acciones e ideas, este libro autobiográfico es, por sobre todo, valiente, e invita al lector a conocer a través de los ojos de una protagonista única, sus recuerdos y reflexiones con respecto a su infancia, a la relación con su familia y su vida en medio de la disputa y el escrutinio público.

Con una narrativa honesta y sin tapujos, ofrece una mirada particular y reveladora de uno de los periodos más debatidos de la historia de Chile, así como aspectos inéditos de la vida privada de figuras enigmáticas de aquel tiempo. A través de sus palabras se presenta un enfoque introspectivo y sincero sobre la existencia de una mujer que vivió en medio de la turbulencia política y social, y que revela, en primera persona, su punto de vista sobre los acontecimientos que la definieron, así como sus experiencias personales y las repercusiones que tuvieron en su vida, marcada por el dolor y sufrimiento, pero también por el amor, el sacrificio y la lucha interior.

Un aporte para comprender la historia del Chile reciente y una contribución a la tan añorada reconciliación por su visión reveladoramente humana de sus polémicos actores.



[COMPRAR AQUÍ](#)

La sombra del general

Jacqueline Pinochet Hiriart

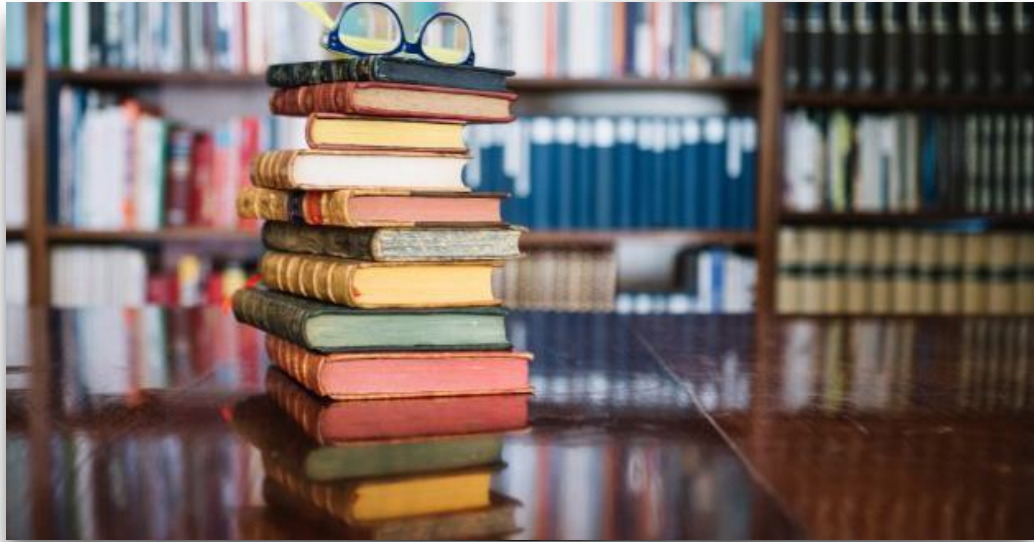
5-52 Colección: **No ficción**

16 x 23 cm / 326 páginas

978-956-9776-052

2024, diciembre

\$ 22.500.-



Lo que se puede aprender leyendo clásicos

Ahora, cuando vivimos tiempos de *youtubers* que recomiendan libros como si fuesen bronceadores, de *bestsellers* propalados por redes sociales, y de profesores de humanidades batiéndose a la defensiva ante la hegemonía de los teléfonos celulares, convendría volver a los clásicos.

En su ensayo *Por qué leer a los clásicos*, Italo Calvino afirma que un clásico es un libro que nunca termina de decir lo que tiene para decir. Los clásicos son textos potentes, esto es, tienen la capacidad de seguir diciéndonos cosas a lo largo del tiempo.

Pensemos por ejemplo en *El viejo y el mar*, de Ernest Hemingway. En esa sencilla pero vibrante novela encontramos la actitud vital de su protagonista, el viejo pescador Santiago, quien

emprende una solitaria puja con las fuerzas de la naturaleza, en una épica cuyo sentido solo él posee.

En *La tragedia de Macbeth*, de William Shakespeare, tenemos quizá la obra que mejor mostró el poder destructivo de la ambición y la codicia, que avanzan a lo largo de todas las escenas de la pieza, hasta desembocar en el horroroso momento en que los protagonistas constatan hasta dónde puede llegar la miseria humana.

Si los Estados Unidos forjaron su identidad a través de una mirada hacia su interior terrestre, desde la cual se narró la conquista del Lejano Oeste, con *Moby Dick* Herman Melville tuvo el talento de agregarle a esa identidad la mirada hacia el mar. El Pecquod, un típico ballenero del siglo XIX, es el escenario desde el cual el atormentado capitán Ahab ejecutará su interminable y encegueda venganza, acompañado por un grupo de bravos marineros. Nuevamente, hombre y naturaleza en tensa pulseada.

Es por lo menos curioso que sean tan pocas las feministas que parecen haber leído *Las suplicantes*, de Esquilo. En esa obra teatral, las mujeres perseguidas no sufren de ningún prejuicio al momento de solicitar la ayuda de un hombre, quizá porque por entonces ya tenían en claro que era mejor cooperar que guerrear entre sexos.

En *La isla del tesoro*, el inglés Robert L. Stevenson, admirado por Jorge L. Borges, nos presenta la maduración de Jim Hawkins. A partir de

la comparecencia de un misterioso hombre de mar en la Posada del Almirante Benbow, el muchacho se verá arrastrado a una catarata de acontecimientos que habrán de convertirlo en un joven marinero expuesto a impensados retos.

En *Demian*, la afamada bildungsroman de Hermann Hesse, el autor nos presenta la transformación de su joven y tímido protagonista, Emile Sinclair, quien se asomará a las revelaciones que le depara un mundo convulso que hasta entonces desconocía.

Hay libros que desde sus primeros párrafos parecen anticipar mucho de lo que encontraremos en las páginas siguientes. Tal podría ser el caso de *La ruta del tabaco*, de Erskine Caldwell, la cual desde el arranque ("Volví Lou Bensey por el camino del tabaco...") consigue hacernos sentir la penosa existencia que lleva el protagonista y el tono general por el que transcurrirá la novela. Quizá algo parecido ocurra con *Cien años de soledad*, de Gabriel García Márquez, pues desde el momento en que el coronel Aureliano Buendía debe enfrentar el pelotón de fusilamiento, ya puede vislumbrarse la desmesura de la geografía latinoamericana, sus variopintos personajes y las continuas luchas fratricidas que signaron la historia del continente.

En *Fahrenheit 451*, Ray Bradbury, el escritor que amaba las bibliotecas pero desconfiaba sabiamente de las universidades, no solamente dejó un mensaje de alerta sobre la destrucción de la cultura escrita, sino que también supo plantear la

inquietante pregunta por la autenticidad de lo que vivimos. En la novela, el bombero Montag descubre que lo que vive no es toda la realidad, sino que hay una gran parte de ella oculta, a la que poco a poco va asomándose.

Se ha visto que las catástrofes, ya sean de origen natural o social, pueden extraer lo peor y lo mejor de los seres humanos. En *La peste*, exponente literario de la filosofía existencialista que profesaba su autor, Albert Camus nos muestra los comprometidos esfuerzos de personajes como Bernard Rieux y Jean Tarrou ante una epidemia letal que asuela Orán. Los protagonistas no claudican ante la contingencia, y se sobreponen a la sorpresa inicial para hacer, simplemente, lo que el deber impone.

El canon literario occidental ha ignorado *El libro del Tao*, de Lao Tsé. Quizá porque para la omnipotente voluntad de sojuzgamiento de otros pueblos que definió a Occidente, algunos planteos del libro, como el hacer mediante el no hacer, resultan inabordables.

Los consejos del Viejo Vizcacha, vertidos por José Hernández en las páginas de su *Martín Fierro*, abarcan tal pluralidad de aspectos de la vida, que su vigencia no parece fácilmente cuestionable.

Ahora, cuando vivimos tiempos de youtubers que recomiendan libros como si fuesen bronceadores, de bestsellers propalados por redes sociales, y de profesores de humanidades batiéndose a la defensiva ante la hegemonía de los teléfonos

celulares, convendría volver a los clásicos. En ellos están las grandes cuestiones que han desvelado desde siempre a la humanidad, por lo que su contenido no caduca sino que está plenamente vigente.

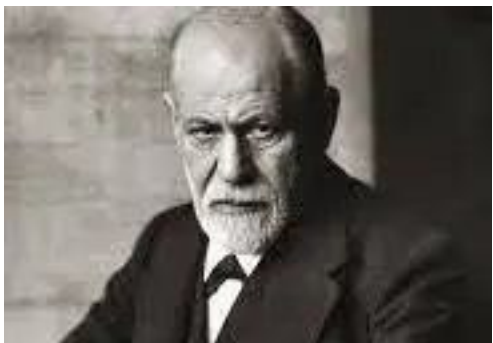
En su libro *Clásicos para la vida*, el profesor Nuccio Ordine afirma: “Los clásicos, en efecto, nos ayudan a vivir: tienen mucho que decirnos sobre el “arte de vivir” y sobre la manera de resistir a la dictadura del utilitarismo y el lucro”.

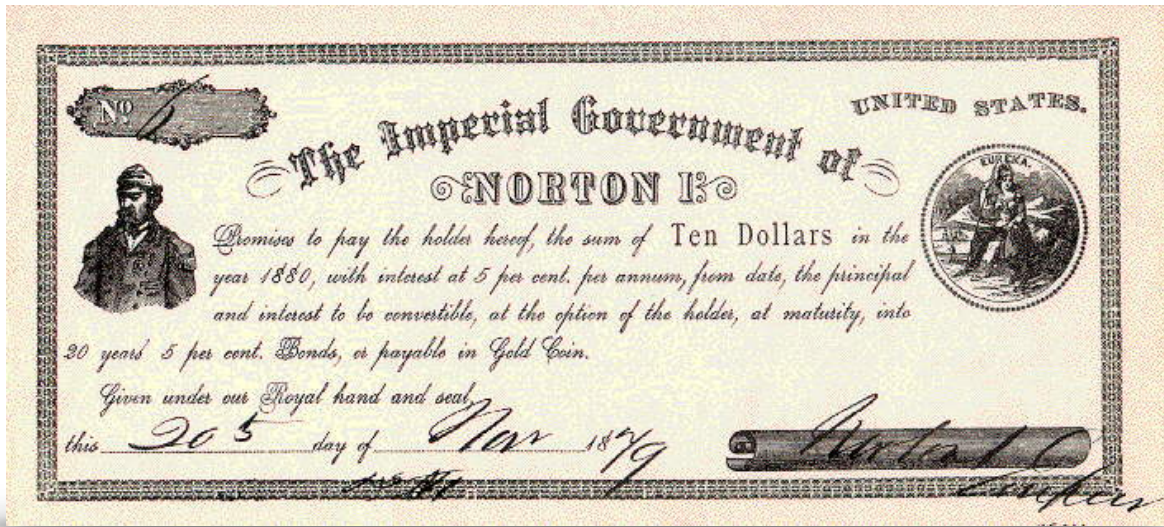
Quien no se haya asombrado con el catálogo de las naves del canto dos de la *Ilíada* de Homero, o no se haya estremecido con la confesión de Juan Pablo Castel en *El túnel* de Ernesto Sábato, no debería privarse de lo que transmiten éstas y otras imperecederas páginas.

Palabras

«La humanidad progresa. Hoy solamente quemamos mis libros; siglos atrás me hubieran quemado a mí».

Sigmund Freud
1856 - 1939





Norton I, el emperador de Estados Unidos

Cuando el 8 de enero de 1880 Norton I falleció en mitad de la calle víctima de un ataque de apoplejía toda la ciudad lloró su muerte.

Los orígenes de Joshua Abraham Norton, el hombre que acabaría convirtiéndose en el primer y único emperador de Estados Unidos, son inciertos, pero lo que está claro es que desde luego no tenía ningún tipo de parentesco con la realeza. Nacido probablemente en 1819 en Inglaterra, pasó la mayor parte de su infancia y de su juventud en Sudáfrica. En 1849 recibió 40.000 dólares como herencia paterna y decide trasladarse a San Francisco. En los siguientes años se dedicó a los negocios y no le fue nada mal, consiguiendo amasar una pequeña fortuna que, sin embargo, no tardó en

perder. Completamente arruinado, se declaró en bancarrota y abandonó San Francisco.

Cuando nueve meses después regresó a la ciudad ya mostraba síntomas de estar mentalmente perturbado. El 17 de septiembre de 1859 Norton se vistió con el uniforme de gala de la armada, se puso su sombrero de castor adornado con una pluma de pavo real y se dirigió a las oficinas del *San Francisco Bulletin*, donde exigió que se publicara en primera plana su autoproclamación como emperador de los Estados Unidos. El edicto decía lo siguiente: «A petición, y por deseo, perentorio de una gran mayoría de los ciudadanos de estos Estados Unidos, yo, Joshua Norton, antes de Bahía de Algoa, del Cabo de Buena Esperanza, y ahora por los pasados 9 años y 10 meses de San Francisco, California, me declaro y proclamo emperador de estos Estados Unidos; y en virtud de la autoridad de tal modo investida en mí, por este medio dirijo y ordeno a los representantes de los diferentes Estados de la Unión a constituirse en asamblea en la Sala de Conciertos de esta ciudad, el primer día de febrero próximo, donde se realizarán tales alteraciones en las leyes existentes de la Unión como para mitigar los males bajo los cuales el país está trabajando, y de tal modo justificar la confianza que existe, tanto en el país como en el extranjero, en nuestra estabilidad e integridad». Además asumió el papel de Protector de México, según él «dada la incapacidad de los mexicanos de regir sus propios asuntos».



El director del periódico decidió publicar la nota con tono humorístico y, de esta manera, Norton I, Emperador de los Estados Unidos, empezó su imaginario reinado. De la noche a la mañana se convirtió en un personaje muy popular en toda San Francisco. Lo más sorprendente es que todo el mundo decidió seguirle el juego y darle la razón, por lo que, aunque carecía de poder político real, a efectos prácticos Norton I mantuvo una vida de auténtico emperador. La corte quedó establecida en un viejo edificio de apartamentos en alquiler. Norton se pasaba los días paseándose por sus dominios, correspondiendo con toda solemnidad a las reverencias de sus súbditos y comprobando que todo funcionara correctamente, que las calles estuvieran limpias, los bienes públicos en buen estado, que los autobuses cumplieran con su horario o que todo estuviera debidamente vigilado por agentes de policía. Cada domingo visitaba una iglesia diferente para evitar que hubiera conflictos entre ellas.

Con el tiempo los habitantes de San Francisco se acostumbraron a Norton I e incluso llegaron a amarlo y a venerarlo. Por su parte, Norton, que apenas tenía dinero, llevaba una vida muy sencilla. Sin embargo, medio en serio medio en broma, sus súbditos aceptaron mantenerlo generosamente. Se le invitaba a comer en los mejores restaurantes, tenía un palco reservado en todos los teatros y muchos comercios añadieron placas en su honor, afirmando que contaban con la aprobación imperial, lo que llegó a convertirse en una garantía de prosperidad. Cuando Norton I entraba en la ópera todos los

asistentes se ponía de pie y guardaban silencio hasta que él se sentaba.

Un ejemplo del poder que se le otorgó a Norton es lo que ocurrió con la Central Pacific. Esta compañía ferroviaria se negó a invitar a Norton a comer en uno de sus vagones, por lo que el emperador no tardó en proclamar un edicto disolviéndola. Tan mala publicidad le ocasionó este episodio a la compañía que tuvieron que pedirle perdón públicamente y para enmendar el terrible error le regalaron un pase vitalicio. Algo parecido sucedió con el First National Bank. El emperador emitió su propia moneda –de 15 centavos y de 5 y 10 dólares–, que era aceptada en todas partes sin mayores problemas. En una ocasión quiso cambio de 100 dólares en el First National Bank y se le negó la operación, así que, ni corto ni perezoso, sacó una nueva proclamación contra la entidad bancaria. El ayuntamiento de San Francisco no tuvo ningún problema en declarar la validez total de los billetes de Norton I y a partir de ese momento se convirtió en una especie de moneda local e incluso era posible cambiarlos por dólares de verdad.

No fue ese el único gesto que el ayuntamiento de San Francisco tuvo con el emperador. Con el tiempo el uniforme de Norton se echó a perder, lo que según sus palabras constituía una «desgracia nacional». Así que el ayuntamiento aprobó una subvención para comprar un nuevo uniforme y para que no se volviera a repetir dio vía libre a una especie de «impuesto Norton» de 50 centavos



semanales para los comercios y 3 dólares semanales para los bancos. En deferencia Norton I repartió títulos nobiliarios entre los miembros del consistorio.

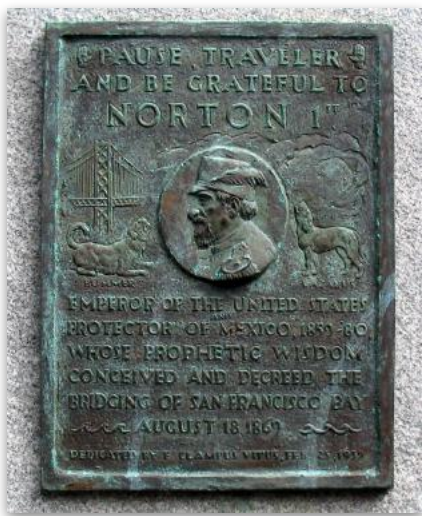
Sus decretos eran recibidos con alegría por sus súbditos. Los periódicos competían entre ellos para publicarlos e incluso hubo algún periódico que publicó algún edicto falso para aumentar las ventas, lo que causó la desaprobación de Norton I. Una semana más tarde de autoproclamarse emperador destituyó al presidente y, para evitar la corrupción, disolvió el Congreso de Estados Unidos. Más adelante, viendo que el Congreso no desaparecía, decidió permitir a regañadientes su existencia. A lo largo de los años Norton I fue lanzando nuevos decretos, algunos de ellos verdaderamente curiosos o ridículos, como ordenar a las Iglesias católica romana y protestante que le coronasen emperador, disolver los partidos demócrata y republicano, proponer la creación de una Sociedad de Naciones, emitir bonos imperiales o prohibir los enfrentamientos por cuestiones religiosas. Al estallar la guerra civil en 1861 convocó a San Francisco a los presidentes Lincoln y Jefferson Davis para mediar entre ellos. Como no se presentaron ordenó tajante un alto el fuego.

Aunque todo era una broma, fue un dirigente magnánimo, justo y honrado, lo que despertaba el cariño y la admiración de sus súbditos. En 1867 Armand Barbier, un joven oficial de policía, lo confundió con un vagabundo y lo arrestó. Los periódicos no tardaron en hacerse eco de este

terrible suceso y los vecinos de San Francisco se indignaron. Patrick Crowley, jefe de la policía, lo liberó y emitió una disculpa formal en nombre del departamento de policía. Una delegación de concejales del ayuntamiento fue a visitarlo a su residencia para pedirle perdón. Norton I otorgó el perdón real al joven Barbier y a partir de ese día la policía siempre le trató con el mayor de los respetos.

Cuando el 8 de enero de 1880 Norton I falleció en mitad de la calle víctima de un ataque de apoplejía toda la ciudad lloró su muerte. El *San Francisco Chronicle* publicó una necrológica que decía: «Sobre el sucio pavimento, en la oscuridad de la noche lluviosa, Norton I, emperador de los Estados Unidos de América y protector de México por la Gracia de Dios, encontró ayer cristiana muerte».

Aunque Norton I había muerto en la pobreza más absoluta, los miembros del Club Pacific, una asociación de empresarios, costearon un funeral despampanante. A él asistieron más de 30.000 personas, con un cortejo que llegó a alcanzar más de 3 kilómetros. Una de las necrológicas aparecidas en un periódico de la época explica por qué la ciudad de San Francisco llegó a quererlo tanto: «El Emperador Norton no mató a nadie, no robó a nadie, no se apoderó de la patria de nadie. De la mayoría de sus colegas no se puede decir lo mismo».



Definiciones

«No es solo la guerra, sin embargo, que peleamos por la libertad. Uno pelea por libertad en contactos personales y en muchas fases de la vida civil. Todo el tiempo, día a día, tenemos que continuar luchando por la libertad de religión, la libertad de expresión y la libertad para vivir sin miseria, por todas aquellas cosas que deben ser ganadas en la paz, así como en la guerra».

Eleanor Roosevelt
1884 - 1962

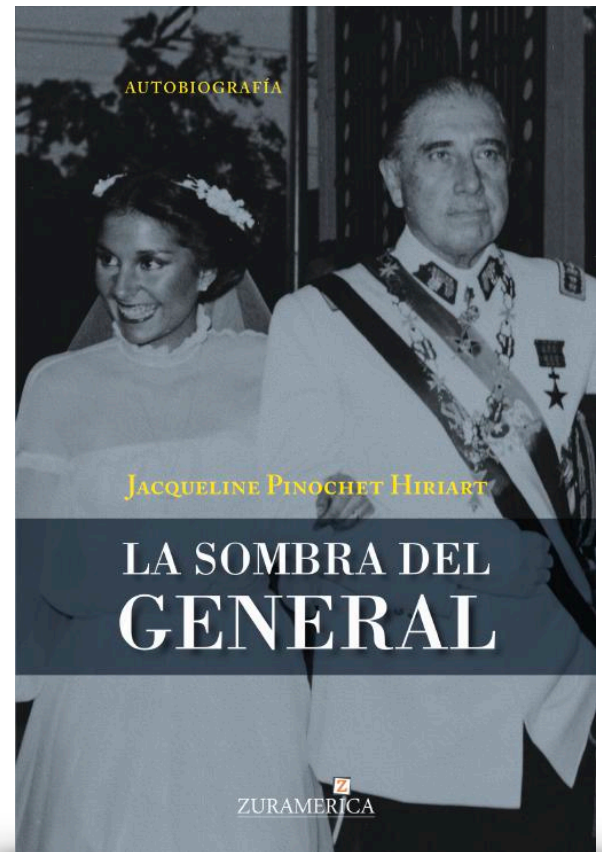


Libros

Comparable a los testimonios de Carmen Franco, Alina Fernández Revuelta o Svetlana Alilúyeva, también hijas de figuras controversiales de la historia reciente, caracterizadas por la polémica y polarización que generan sus acciones e ideas, este libro autobiográfico es, por sobre todo, valiente, e invita al lector a conocer a través de los ojos de una protagonista única, sus recuerdos y reflexiones con respecto a su infancia, a la relación con su familia y su vida en medio de la disputa y el escrutinio público.

Con una narrativa honesta y sin tapujos, ofrece una mirada particular y reveladora de uno de los periodos más debatidos de la historia de Chile, así como aspectos inéditos de la vida privada de figuras enigmáticas de aquel tiempo. A través de sus palabras se presenta un enfoque introspectivo y sincero sobre la existencia de una mujer que vivió en medio de la turbulencia política y social, y que revela, en primera persona, su punto de vista sobre los acontecimientos que la definieron, así como sus experiencias personales y las repercusiones que tuvieron en su vida, marcada por el dolor y sufrimiento, pero también por el amor, el sacrificio y la lucha interior.

Un aporte para comprender la historia del Chile reciente y una contribución a la tan añorada reconciliación por su visión reveladoramente humana de sus polémicos actores.



Comparable a los testimonios de Carmen Franco, Alina Fernández Revuelta o Svetlana Alilúyeva, también hijas de figuras controversiales de la historia reciente, caracterizadas por la polémica y polarización que generan sus acciones e ideas, este libro autobiográfico es, por sobre todo, valiente, e invita al lector a conocer a través de los ojos de una protagonista única, sus recuerdos y reflexiones con respecto a su infancia, a la relación con su familia y su vida en medio de la disputa y el escrutinio público.

Con una narrativa honesta y sin tapujos, ofrece una mirada particular y reveladora de uno de los periodos más debatidos de la historia de Chile, así como aspectos inéditos de la vida privada de figuras enigmáticas de aquel tiempo. A través de sus palabras se presenta un enfoque introspectivo y sincero sobre la existencia de una mujer que vivió en medio de la turbulencia política y social, y que revela, en primera persona, su punto de vista sobre los acontecimientos que la definieron, así como sus experiencias personales y las repercusiones que tuvieron en su vida, marcada por el dolor y sufrimiento, pero también por el amor, el sacrificio y la lucha interior.

Un aporte para comprender la historia del Chile reciente y una contribución a la tan añorada reconciliación por su visión reveladoramente humana de sus polémicos actores.



La sombra del general

DISPONIBLE

10 de diciembre 2024

Las compras en preventa que se hagan hasta esa fecha, exclusivamente en el sitio web de la editorial, serán enviadas con autógrafo.

16 x 23 cm / 326 páginas
978-956-9776-052

\$ 22.500.-

[COMPRAR AQUÍ](#)

Los libros de nuestra editorial los encuentras **En:** www.zuramerica.com



autóras



Librería Zapallar



Gurruchaga 440 2doA (Lun. a Vie. 14 a 18 h), Buenos Aires.